

por la confusión que padece; ó como la Magdalena, que los fija en los pies de Cristo; pero orando y aspirando á Aquel que, aunque está en toda parte, principalmente le considero en el cielo, el rostro ha de estar mirando al cielo, como quien le habla y tiene presente. Al fin, ella es lucha, y pide cuidado y diligencia para salir con victoria, y aun algunas veces habemos de andar, como Jacob, á brazo partido con Dios. Dejo lo que hace al lugar, que ya se sabe que ha de ser secreto y quieto, y otras muchas circunstancias que han de acompañar á la oración; porque de estas cosas están llenos los libros, y porque quiero tratar de las mañosas cautelas de que ha de aprovecharse el alma para rendir á Dios.



CAPÍTULO X

DE ALGUNAS TRETAS Y CAUTELAS DE QUE SE HA
DE APROVECHAR EL ALMA PARA RENDIR Á DIOS
EN ESTA LUCHA.

SUELEN los diestros y arteros luchadores usar de algunas tretas y cautelas luchando, para derribar á sus contrarios. Y es razón que, pues este tratado se llama lucha y duelo, sepamos de las que podemos aprovecharnos para triunfar de Dios y rendirle á nosotros en la oración.

Guillermo Parisiense dice que podemos emplear las mismas que usan unos hombres contra otros, que son tres ó cuatro. La primera es levantar al adversario en alto, como se dice haberlo hecho Hércules con el hijo por la tierra, porque, así levantado, fácilmente se derriba y es vencido. La segunda usar de zancadilla, que es quitarle lo que le sirve de estribo y sobre que hace fuerza, para que así caiga. La tercera es cansarle, de la cual se aprovechan los muy ligeros contra los robustos y valientes. La cuarta, dejarse caer sobre él. Estas son las tretas de

hombres á hombres, y de ellas nos hemos de aprovechar para luchar con Dios. Porque, lo primero, habemos de levantarle sobre nosotros; ¿me preguntáis cómo? Sujetándonos á El con profunda humildad. De la cual treta se ha de usar siempre en la lucha espiritual para triunfar de Dios, pues así nos lo enseña nuestro Padre San Pedro, diciendo (1): *Humillaos debajo de la poderosa mano de Dios, para que os ensalce y levante.*

De ésta usó el rey Achab cuando conoció á Dios airado contra sí, de boca del Profeta; porque, como dice la Escritura, humillóse y rindióse todo á Dios. Y valióle tanto este artificio, que vino á decir Dios (2): *Porque se humilló en mi presencia el rey Achab, no verá en sus días el mal que tenía pensado de enviarle.* Cosa extraña, que levantándonos caemos, y ensalzando y levantando á Dios sobre nosotros, en cierta manera prevalecemos contra Él y le vencemos. Y ello es así, que no hay artificio ni máquina tan poderosa para sujetar á Dios á nosotros como sujetarnos á Él. A la cual sujeción propiamente se reduce la obediencia, porque aquel poderoso Dios suele rendirse y estar obediente á quien le obedece y

(1) Humiliamini sub potenti manu Dei ut vos exaltet.— I Petr., 5.

(2) Quia humiliatus est in conspectu meo Rex Achab, non inducam malum quod loquutus sum contra Achab in diebus suis.— III Reg., 21.

se le rinde, como se lee de Josué (1): *Detuviéronse, dice el sagrado texto, el Sol y la Luna y toda la máquina de los cielos, obedeciendo Dios á la voz de Josué, hombre como vos y como yo.* Y el mismo Cristo dice (2): *Por la misma medida que midiereis á Dios, habréis de ser medidos por Él.* Y San Ambrosio, por estas expresas palabras, dice: *De ninguno es Dios posesión, ni lo será jamás, sino de aquel que es posesión de Dios* (3). Treta es ésta de la humildad que vence á Dios, y nos hace invencibles al demonio.

Refiere San Antonio que, apareciéndose Satanás al glorioso padre Macario, que venía de un estanque para su celda, con una afilada guadaña para segarle, si le hubiera dado lugar para ello, con gran dolor le dijo: «Mucha violencia me haces, Macario; grandemente me atormentas, y no puedo prevalecer contra ti, aunque padezco mayores dolores que tú.—¿En qué te venzo?, dijo el Santo. ¿En los muchos ayunos?—No por cierto, respondió el demonio, porque hasta hoy no comí bocado; abstinentísimo soy y nunca dejo de ayunar.—Pues ¿vénzote en las viglias?—Tampoco, porque yo no duermo sueño ni he pegado el ojo desde que Dios me crió.—¿Luego

(1) Steterunt sol et luna Deo obediente voci hominis.— Josue, 10.

(2) Eadem mensura qua mensi fueritis, remetietur vobis.— Matth., 7.

(3) Nullius unquam erit Deus possessio, nisi ei, qui ipsius Dei fuerit possessio.— Ambros.

en los trabajos que padezco?—Menos, porque yo sufro y traigo conmigo el fuego y penas infernales, y, si tú eres casto, yo nunca conocí mujer.—Pues ¿en qué está, dice Macario, el triunfar yo de ti?—En una sola cosa, respondió, que es la humildad; tú sabes humillarte, y vénceme á mí y á Dios; y yo no puedo humillarme, y así tengo siempre á Dios contra mí y no prevalezco contra ti». Aquí se cumplió lo que se escribe en un salmo (1): *La soberbia de aquellos que te aborrecieron, sube siempre.*

La segunda treta es dar traspie ó zancadilla, ó quitar el fundamento sobre que estriba y hace fuerza el que lucha.—¿En qué os parece que estriba Dios cuando lucha con vos como con enemigo? En vuestros pecados. Quitad ese maldito fundamento, y luego veréis rendido á Dios á vos. De manera que para no hallar resistencia en Dios cuando os lleguéis á luchar con Él por la oración, es necesario desterrar del alma los pecados sobre los cuales se funda y se esfuerza contra nosotros. Porque escrito está, y la Iglesia lo canta (2): *Ninguna cosa nos puede dañar, si ningún pecado se enseñoreare de nosotros.* Por alto y poderoso que sea el edificio, si le quitáis el cimiento, necesariamente ha de venir á tierra. Quitad á Dios este maldito fundamento, que

(1) Superbia eorum qui te oderunt ascendit semper.—Ps. 37.

(2) Nulla nocebit adversitas, si nulla dominetur iniquitas.

luego daréis con Él en tierra, y se dará por vencido de vuestra oración y ruego. De este ardid y cautela no digo más, porque hablo con almas que tienen familiar trato con Dios, de las cuales ha de estar muy lejos todo pecado, á lo menos mortal y venial deliberado, si con libertad quieren aspirar á Dios. Por lo cual será bien que veamos la tercera treta, que es cansar al enemigo. Esta cautela y astucia tomada así, como suenan las palabras, vale poco para con Dios, que no se puede cansar; pero, con todo, decimos que se cansa en cierta forma, esto es, dándose por vencido de nuestros importunos ruegos. Es muy á propósito el ejemplo de la Cananea, cuyas importunas oraciones le cansaron y doblaron, de manera que vino á hacer lo que ella quiso (1).

Cuando quería destruir á Sodoma, eran tantos los ruegos de Loth para que no lo hiciese, que le tenía atadas las manos; pero como los pecados daban tan grandes voces pidiendo justicia, dice la sagrada Escritura (2), que á empujones le hizo salir Dios de la ciudad, como si dijera: no puedo hacer nada contra tan maldita gente, estando tú de por medio. Pues ¿qué diré de la oración de Moisés, cuando pedía perdón por el pueblo que había adorado el becerro?

(1) Matth., 5.

(2) Festina quia non potero facere quidquam donec ingrediaris illuc.—Gen., 18-22.

Cansó tanto á Dios con su perseverancia, que como vencido vino á decir: *No puedo salir de lo que me pides y mandas* (1).

En aquel lugar del Génesis (2), donde el patriarca Jacob estaba ya para morir, entre otras cosas que hizo, una fué mejorar á su hijo José, al cual dijo: *Do tibi partem unam extra fratres tuos quam tuli de manu Amorrhæi in gladio meo, et arcu. Por cuchillo y arco traslada el caldeo, in oratione mea, et in prece;* como si dijera: doite la mejor joya que tengo, que es este pozo con esta tierra, la cual gané á los amorreos con mis oraciones y ruegos. En esta suerte de José luchó la Samaritana con Dios, y le venció. Pero advierta el que saliere al campo con Dios, que no estribe sobre falso en esta lucha; pues, en lugar de salir victorioso, saldrá con las manos en la cabeza. No fiéis de vuestros merecimientos, que es muy flaco cimiento y muy falso. Yo sospecho que el santo rey David hablaba de este ruin estribo cuando dijo: *No venga para mí pie de soberbia* (3), que es el más débil fundamento de todos. En él se afirmó Lucifer, y cayó como un rayo en el abismo; y sobre él estribó aquel fariseo que decía: *Doite gracias, Señor, que no soy como los demás: ayuno dos veces en la semana, etcétera.* Nuestro fundamento y estribo sea Dios, que es

(1) Exod., 32.

(2) Gen., 48.

(3) Ps. 35.

fuerte, firme y seguro. Porque escrito está (1): *Los que confían en el Señor, no se moverán para siempre.* Y de los que ponen la confianza en las riquezas, así espirituales como temporales, dice la Escritura (2): *El que confía en sus riquezas, despeñarse há;* es falso el fundamento, es de vanidad y de mentira.

¿Cuántos se han visto luchando y, con sólo cargarse sobre el contrario, salir con victoria? Pues ¿quién no dirá que es necesaria esta cuarta treta en este duelo espiritual? Porque de la manera que el que confía en su virtud y merecimientos se priva á sí mismo del auxilio y favor de Dios, así el que, desconfiando totalmente de sí, se arroja en Dios, merece y granjea el favor de Dios de tal manera, que no le puede faltar Dios. Por lo cual dijo el sapientísimo y santísimo Agustino (3): «Arrójate seguramente en Dios, »que no es cruel para que te hurte el cuerpo y te »deje hacer pedazos». Y el Profeta dice (4): *He puesto sólo en Vos mis esperanzas: ¿será razón que me faltéis?* No, por cierto. Estriba en Dios, hermano mío, y fía en Él, que por este camino tendrás contigo á Dios en esta batalla, de donde se te seguirá infalible la victoria, y será imposi-

(1) Ps. 24.

(2) Qui confidit in divitiis suis corruet.—Prov., 11.

(3) Secure projice te in Deum, non enim crudelis est, ut se tibi subtrahat, et te cadere permittat.—August.

(4) In te Domine speravi, non confundar in æternum.—Ps. 30.

ble la caída; porque, por pocas fuerzas que tú tengas, si las juntas con las de Dios, y todas (esto es, las tuyas y las suyas) están por tu parte, más fuerte serás que el mismo Dios que contigo y consigo pelea por ti contra Sí. Tenga, pues, gran cuidado el que se ponga á orar, y esté advertido que entra en el lugar del desaffo y que las ha, no con otro hombre como él, sino con el todopoderoso Dios. Por lo cual, lo primero que ha de hacer es invocar el auxilio del cielo, porque de allá vienen las fuerzas y la victoria. De aquí es que la Iglesia, que para su defensa tiene los sacerdotes, siempre que han de entrar en campo les manda que comiencen por estas palabras (1): *Ayudadme, Señor*, en esta hora, ó en esta oración, ó en este duelo, en que me pongo á luchar con Vos ó por mi pueblo; porque, sin Vos, ¿cómo triunfaré de Vos? Especialmente que vuestro amigo Job dice: *que no hay quien pueda resistir á vuestra ira* si no es (como dice el divino Gregorio) ayudado de vuestra misericordia. Pero ¿qué ayuda pedimos á Dios contra Sí mismo cuando decimos: *Deus in adiutorium meum intende?* Dice Guillermo Parisiense que pedimos la gracia de la devoción, porque ésta es la mayor ayuda que Dios suele dar contra Sí á los que oran, y el escudo con que ellos se defienden á sí y á aquellos por quienes oran. Creo yo que era esto lo que pedía el Profeta cuando

(1) *Deus in adiutorium meum intende.*—Ps. 69.

decía: *Primero que os comience á alabar, llenad mi alma de la gordura de la devoción* (1).

Describe Ricardo la devoción diciendo que es levantamiento piadoso del alma en Dios, apoyado en la fe, esperanza y caridad. Pero que tan necesaria sea la devoción en la oración y en los ejercicios espirituales, en breves palabras lo dice San Isidoro (2): *¿De qué sirve hablar mucho en la oración si el corazón no habla?* La oración obra es del corazón y no de los labios solos, y la voz del corazón oye Dios, según que galanamente dijo un Santo (3): «No la voz, sino el deseo; no la cuerda del instrumento bien templado, sino el corazón; no el clamor, sino el amor, llama á la oreja de Dios.» Porque como la voz sin melodía es como el gruñido de los lechones, así la oración sin devoción es como bramido de bueyes. Y por decir lo cierto, la oración sin devoción es enferma ó casi muerta.

En el segundo libro del Paralipomenon, capítulo 29, se dice: *Ofreció la multitud del pueblo hostias, holocaustos y alabanzas al Señor con alma devota.* Y en el Exodo (4): Toda la multitud de los hijos de Israel ofreció primicias á Dios con

(1) *Sicut adipe et pinguedine repleatur anima mea, et labiis exultationis laudabit os meum.*—Ps. 62.

(2) *Quid prodest strepitus labiorum ubi cor est mutum?*—Isidorus.

(3) *Non vox sed votum, non musica cordulæ, sed cor, non clamor, sed amor pulsat in aure Dei.*

(4) Exod., 35.

mente prontísima y muy devota. San Buenaventura, en el tratado de los dones del Espíritu Santo, dice que *á cualquiera acción nuestra, si le falta devoción, le falta la vida*. Y, dando la causa de esto el venerable Hugo, dice: «La acción visible es como un cierto cuerpo, y la devoción es como ánima suya; porque la devoción de la caridad vivifica nuestras acciones, como el ánima al cuerpo; y aunque lo que viva muera, no muere la vida». Lindo sentimiento, por cierto, y lo que quiere decir este doctor es: Que las acciones exteriores y actos interiores acábanse con el tiempo; acábase el ayuno, la limosna, el rezar de las horas y el aspirar en la oración; pero la devoción con que esto se hace nunca se acaba; es sobre el tiempo.

No sin misterio se compara la oración en la Escritura al incienso y olores aromáticos, que no tienen fragancia ni huelen bien si no es puestos sobre las brasas vivas; ni nuestra oración dará de sí buen olor á Dios si no fuere informada con devoción y procediere de corazón inflamado. Por lo cual se escribe en el Apocalipsi (2): Que apareció un ángel con un incensario de oro lleno de brasas vivas, y, echando en él incienso, subió el humo delante de Dios. Guillermo Parisiense llama á la oración sin devoción mensajero sin pies, que no puede llegar adonde le envían. Y San Bernardo dice: «Peligro grande hay

(1) Apocal., 8.

si la oración es tímida, tibia ó temeraria. Porque, si es tímida, no penetra el cielo; si es tibia, enferma en la subida; y la temeraria es confusamente alanzada. Pero la que fuere humilde, fiel y fervorosa, sin duda penetrará el cielo, y no volverá vacía. Con la oración indevota cánsase el cuerpo, el alma queda hambrienta, vana y sin fruto, y Dios enojado. San Agustín dice (1): *Mudo sois acerca de Dios, aunque más voces deis, si el corazón no le habla*. Concluyamos esta materia con decir que ningún sacrificio aceptaba Dios que no llevase envidia y lardo, por lo cual es significada la gordura de la devoción. Así dice la Escritura (2): *Todo redaña y envidia será del Señor*. Seca es toda religión que no se larda con este aceite, é inestable todo edificio que no se traba con la devoción continua. Más que diestros habían de estar los sacerdotes y los religiosos en esta milicia del cielo, ya que no es otro nuestro oficio sino luchar con Dios, haciendo las causas de todos los demás del pueblo. ¿Qué soldado no se preció de ser diestro en el arte militar? ¿Qué abogado no procura saber aquellas leyes que hacen para defender la causa que toma á su cargo? Las armas del abogado son las leyes, las cuales, si ignora, hace el oficio desarmado, con peligro manifiesto de quedar ven-

(1) Qui clamat ore, et tacet corde mutus et in Dei aure Levit., 3.

(2) Omnis adeps Domini erit.

cido él y aquel por quien aboga. Pues los que somos abogados de los pecadores, los que defendemos sus causas y luchamos con Dios, ¿no es muy gran vergüenza que no sepamos las leyes de la milicia espiritual, ni tomar las armas en la mano? Armémonos todos, carísimos hermanos, de justicia y de juicio, y, aprovechándonos de las tretas ya dichas, entremos cada día en el campo y lugar del desafío, que es la oración; que luego se nos rendirá Dios y se dejará herir y echar en prisiones para nunca apartarse de nosotros. Por ventura ¿no es voz de cautivo y preso aquella del Deuteronomio que dice (1): Tan enamorado estaba Dios de los suyos, que osa decir Moisés que *estaba pegado como con engrudo ó liga con ellos*. Tenemos el corazón (decía el Profeta) pegado y cosido con la tierra (2). No hay cadenas ni prisiones que puedan tener cautivo y preso al todopoderoso Dios, sino las del amor, que es como liga y engrudo que le junta á nosotros inseparablemente. Y así es que, diciendo Moisés: *tu Dios y Señor estuvo engrudado ó allegado á tus padres*, declaró luego el linaje de engrudado, diciendo; *et adamavit eos*. Amóles con grande pasión; traíanle como prisionero suyo por donde querían; andábase tras ellos; tanto era el amor que los tenía. Casi las mismas pa-

(1) Dominus Deus tuus conglutinatus est patribus tuis, et amavit eos.—Deut., 10.

(2) Conglutinatus est in terra venter noster.—Ps. 43-25.

labras dice la Escritura de David y Jonatás (1): *Estuvo engrudada y unida el ánimo de David á la de Jonatás, y amóle con ternísimo amor*. Dichosa y bienaventurada el alma que mereció en este duelo vencer á Dios y aprisionarle, lo cual hacen los que de veras le aman, según que se escribe (2): Yo me dejo encadenar de quien es mi prisionero. Dejaos vos encadenar del amor de Dios, que Dios se dejará encadenar del vuestro. Y si una vez le tuviereis preso, no le soltéis ni queráis su bendición, sino á Él; porque, si se os va, vase con Él todo el bien. Pues así como, apartándose el sol de nuestro hemisferio, se va con toda la claridad, resplandor y calor y la hermosura del día, así, huyendo Dios del corazón del hombre, huye del alma toda la serenidad y paz y la hermosura de las gracias y dones celestiales, y sólo queda una noche tenebrosa y llena de obscuridad y miseria.

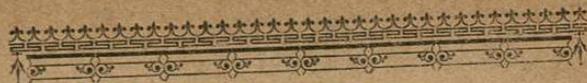
Pero dirásme: ¿cómo podré yo tener al todopoderoso Dios si Él quiere librarse de mis cadenas? De eso te aseguro yo que si tú no le sueltas, ó te sueltas de las tuyas, que no se suelte Él de las tuyas, porque no hay cosa que más desee que estar preso. Tanto, que no juzga por prisión la que aquí llamamos prisión, sino por paraíso y lugar de deleites (3). No le congojan

(1) Conglutinata est anima David ad animam Jonathæ et adamavit eum.—I Reg., 18.

(2) Ego diligentes me diligo.—Prov., 8.

(3) Prov., 8.

las ataduras del amor, ni le molestan nuestras prisiones. Todas las demás cosas nuestras que le agradan, le agradan en virtud de ésta. Todos los males que sufrió y beneficios que nos hizo, por esto lo sufrió é hizo. Y así, cuanto más fuertes y más estrechas fueren estas ataduras del amor, tanto le son más aceptas. Y siendo esto cierto, Dios de mi alma, veisme aquí rendido á vuestra voluntad: prendedme, cautivadme, y atadme con las cadenas de vuestra infinita caridad: no quiero más aquella mala libertad que me ha hecho esclavo del demonio y me ha traído á comer bellotas, como los puercos, perdida toda mi substancia, sino la servidumbre libre, que sólo se halla en vuestra Ley y Mandamientos de amor. Cautivadme para que os captive, prendedme para que os prenda, llegaos á mí para que me llegue á Vos lo que durase esta vida, y después en la eternidad. Amén.



CAPÍTULO XI

DE CÓMO LUCHANDO EL ALMA CON DIOS LE HIRIÓ,
LO CUAL SABEMOS POR CONFESIÓN SUYA

HABLANDO el divino Esposo con el alma, su esposa, en los *Cantares*, le dice (1): *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía; heriste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello.* Palabras breves del Verbo abreviado, pero llenas de suavidad celestial y divina; breves en las letras y sílabas, mas no en las sentencias y misterios soberanos; todos las oímos, mas no todos las entendemos, sino aquellos solos á los cuales es dado conocer los misterios del Reino de Dios.

Esta querella nos obliga á cuatro cosas que parecen y son dignas de mucha consideración. La primera es saber quién es el que aquí se queja y se confiesa estar herido. La segunda, en dónde tiene la herida. La tercera, quién le hirio.

(1) *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa. Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui.*—C. C., 4.